

RUDYARD KIPLING

Monográfico Rudyard Kipling

En un siglo como el XIX, que vio nacer a tantas estrellas literarias, brilló con luz propia Rudyard Kipling, cuya genialidad, precocidad y popularidad lo hacen único. Le cupo el honor de ser el primer escritor en lengua inglesa en obtener el Premio Nobel, en 1907, galardón con el que se reconocía la calidad y la variedad de una obra en la que encontramos cuentos, ensayo, poesía y novela. Y nuestro hombre tenía entonces, en el momento de recibir el máximo reconocimiento que se da en el ámbito de las letras, sólo 42 años. Un distinguido contemporáneo suyo, el también escritor Henry James, pensaba que Kipling era el genio más completo que había conocido; lo encontraba «prodigioso» y «escandalosamente precoz». Una precocidad literaria que siempre chocó con una apariencia física —marcada por sus sempiternas gafas y el mostacho— que lo hacía parecer mucho mayor de lo que era.

Cuando Kipling hizo su aparición en la escena literaria inglesa, muchos creyeron estar ante un nuevo Dickens llegado del Este. La comparación con el autor de *Pickwick* era inevitable, y puso de relieve los puntos que tenían en común, por ejemplo, que ambos habían empezado como periodistas; que los dos eran pequeños de constitución, pero con una enorme energía y capacidad de trabajo; que, durante la niñez, tanto uno como otro habían vivido períodos de desesperación y sufrieron de insomnio a lo largo de su vida; que los dos fueron escritores capaces de llevar a sus lectores de la risa a las lágrimas, y que supieron enriquecer la lengua en la que se expresaban. Además, tanto Dickens como Kipling gozaron pronto de fama mundial, reflejada en las traducciones de sus obras a diversos idiomas.

Pero no hay luces sin sombras, y este amante del lenguaje, de los niños y de Inglaterra, que nos regaló un puñado de obras que son hoy «clásicos juveniles», como los dos *Libros de la selva*, *Capitanes intrépidos* o *Kim*, tuvo que cargar con dos sambenitos —el de formador de la juventud y el de defensor del colonialismo y del Imperio Británico— que



Kipling, con el rey Jorge V.

enturbiaron su currículo y, en ocasiones, influyeron negativamente en la valoración de su obra. Sus detractores llegaron a ser, a veces, tan injustos como crueles. El poeta W.H. Auden, entre otros, encontraba las ideas políticas del escritor repelentes, lo mismo que los escritores H.G. Wells y Bernard Shaw.

Pero por encima de consideraciones ideológicas o políticas, lo que ha prevalecido en el tiempo es la calidad literaria de este escritor nacido en la India, concretamente en Bombay, que llevó siempre en el corazón y en la mente ese país, en el que vivió relativamente poco tiempo, pero que retrató en muchos de sus escritos periodísticos y recreó en poemas, cuentos y novelas.

Henry James proclamó su fascinación por Kipling, pero también lo hicieron otros colegas de profesión, como George Orwell, C.S. Lewis, T.S. Eliot, Jorge Luis Borges o Bertold

Brecht. Hubo críticos, en todas las épocas, que no le perdonaron sus ideas, pero otros tuvieron el acierto de juzgarlo por su habilidad con las palabras, y llegaron a compararlo, por su maestría en el relato corto, con Maupassant o Chéjov.

En fin, a Kipling nunca le han faltado lectores —uno bien ilustre fue Sigmund Freud, prendado de *El libro de la selva*—, sus obras se han seguido editando periódicamente, y en nuestro imaginario colectivo han quedado para siempre instalados personajes como Mowgli, el niño salvaje que tendrá lo mejor de dos mundos; o el pícaro Kim, que se debate entre las enseñanzas del budismo o las del servicio secreto. Le debíamos, sin duda, este monográfico a Kipling, en el que especialistas como Jorge Ferrer-Vidal, Juan Tébar, Constantino Bértolo y Eduardo Alonso hablan de su vida y, sobre todo, de aquellas obras que se inscriben en el ámbito de la LIJ, como los dos *Libros de la selva*, *Capitanes intrépidos*, *Kim*, *Puck de la colina de Pook*, o *Sólo cuentos*. Además, de la mano de Tébar repasamos brevemente las adaptaciones cinematográficas basadas en textos del escritor y dejamos que Núria Obiols se ocupe de los ilustradores que arrojaron con sus dibujos esas obras universales.